POLIXÊNA.

TRAGEDIA EN UN ACTO.

por D. Josef Marchena.

PERSONAS.

Polixêna, *hija de Príamo, Rey de Troya.*
Pirro, *hijo de Aquiles, Rey de Epiro.*
Egino, *confidente de Polixêna.*
Tesandro, *capitan de guardias de Pirro.*

La Escena es sobre las ruinas de Troya.

Salen Polixêna y Egino.

Polix. O cielo! á qué desdichas, á qué afrentas
habeis mi triste pecho destinado!
Traida en triunfo de una en otra gente,
¿no he de ver nunca mas que á unos tiranos,
que sin mirar que soy hermana de Héctor,
están en perseguirme porfiados?
¿Y de un bárbaro esclava, para colmo
de mis horrores, penas y quebrantos,
podré vivir? O muerte! ven, y acaba
de libertarme de tan fieros daños.

Egino. Qué escucho, y quáles son vuestros deseos!

Polix. Ya visteis, justo Dios, que he procurado
apagar el incendio que os ofende;
pero excede al poder de un sexô flaco.

Egin. ¿Luego ese corazon burlar intenta
de mi amistad el brillo acrisolado,
pues de sus penas la mitad me oculta
con secreto artificio, y con engaño?

Polix. El trono de mis padres destruido
por las llamas de Páris temerario,
no es, Egino, el mayor de los horrores,
sino mi amor; pues su imperioso estrago
me arrastra y precipita con violencia,
siendo yo mas culpable que mi hermano.

Egin. Y quál es ese amor, que así os oprime?

Polix. El mas tierno, y el menos aprobado.
Pero ¿para qué quieres que te haga
torpe la voz y balbuciente el labio,
partícipe, ó Egino! de un delito,
si te has de horrorizar al escucharlo?

Egin. No señora, romped vuestro silencio,
y nombradme ese objeto desdichado.

Polix. El mas bárbaro Griego es quien seduxo
al yugo del amor mi pecho incauto.

Egin. Dioses! si será Pirro?

Polix. Él mismo, Egino;
á aquese vencedor, á ese tirano
rendí mis pensamientos (cruel memoria!)

y sin poderlo resistir, yo le amo.
Egin. ¿Es posible que amor haya podido
rendir un corazon acostumbrado
solo al furor y justo sentimiento?
Ay! quando á vuestros pies vi derribados
los muros de esa Troya miserable,
creí se acabarian los quebrantos,
y no pensaba que pudiese el cielo
inventar otros golpes mas aciagos,
que hasta vuestra inocencia se dirigen,
sus odios y venganza señalando.
Polix. Jamás se ha visto, Egino, en pecho alguno
reynar tanta terneza, tal recato.
No son los males de mi triste patria
la causa mas segura de mi llanto;
lloro el infame horror y tiranía
de un amor infelice, amor bastardo,
que atropella por todos mis esfuerzos,
y expone mi virtud á un atentado:
Inútil es quando apagar procuro
mis deseos horribles é insensatos,
renovar á la idea los tormentos
solo por él sufridos y causados:
una madre llorosa á cada instante
se presenta á mis ojos; pero en vano
apaciguar pretende mis clamores,
si los veo aumentar á cada paso,
y sufro mucho mas quando me expongo
á ocultar de mi pena los arcanos,
pues como no la cuento los motivos,
me es forzoso por fin disimularlos,
siendo de Troya las funestas ruinas
de mi loca pasion pretexto infausto.
Dioses crueles! ¿no estais satisfechos
de perseguirme, y de mirar quemado
el suelo de mis padres? ¿No me basta
haber visto á los mios espirando,
sino que vuestra cólera se extiende
hasta hacerme querer al sanguinario
asesino cruel de mi buen padre?
Y quando yo procuro remediarlo,
venciendo mi pasion, ¿protegeis todo
al mismo Pirro? De pensarlo rabio.

Sale Pirro.

Pirro. ¿Siempre han de estar, señora, dueño mio,
vuestros ojos de lágrimas bañados?
Polix. Y ¿cómo podré ver sin susto alguno
á un vencedor, cuyo sangriento bra[zo]
me condenó al horror de las caden[as],
al orgulloso destructor tirano
del trono de mis padres, homicida
de mi Rey, y de todos mis herman[os]
y quien para corona y complemen[to]
de sus fieros é ilustres atentados,
se niega á darme muerte, como ali[vio]
á mi deseo en trance tan amargo?
Pirro. Ah señora! dexad de recordar[me]
los espantosos y crueles daños
que trae consigo la victoria horrib[le].
No á mis ojos, cubiertos con el pa[smo],
renoveis las desdichas, en que tu[vo]
mas parte la fortuna que mi brazo.
La confusion y horror reynaba e[n] Troya,
y de llamas cubierta, era teatro
esta ciudad de su cercana ruina;
de un fuego vengador los tristes [ra]yos
á mi vista ofrecieron, Polixêna,
vuestra hermosura: entónces det[es]tando
la dicha de mis armas, mezclar pu[de]
de un gran remordimiento penetrado,
con los suspiros de mis enemigos

algunas pruebas de ternura ó llanto,
y tuve por horribles los laureles
de que me habia ceñido é ilustrado.
Sin hacer del valor costoso alarde,
desde luego ¿por qué no os presentaron,
hubieran visto deponer mi enojo,
y siendo el mas cruel, ser mas humano?

Polix. Cielos, qué escucho? Pirro á ser hoy llega
sacrílego, y amante temerario?
Pirro! el que del altar los privilegios
tan injuriosamente vulnerando,
la vida de mi padre cortar pudo,
¡viene á ultrajarme con amores falsos!
Perseguidor funesto de mi sangre,
¡querrá en mí deshonrar la que ha quedado!
¡Y yo misma tranquila para verle
mis tristes ojos levantaré acaso!
¡O efecto el mas terrible y dolorido
de las largas miserias y trabajos!
¿Posible es que insensible á las afrentas
pueda volverse un pecho? No lo alcanzo.
¡Que yo respiro aun, mientras que pueden
dudar de mi virtud? Ay! ¿Hasta quándo
pretendeis, instruido de mis penas,
hacer mis eslabones mas pesados?
¿No he sufrido, señor, bastantes males,
sin que expongais mi honor á nuevos daños?
Finalmente, esa llama aborrecible
aumenta los dolores que yo paso;
y si en vos supo hallar amor entrada,
no debierais jamás manifestarlo.

Pirro. Para ocultar la fe con que os ofende,
Pirro se ha detenido y violentado;
pero mi pecho con fiereza suma
se cansó ya una vez de ser esclavo,
pues mas quiero la muerte y los suplicios,
que combatir el fuego en que me abraso;
y así, mandad que espere, ó que perezca:
mi vida está, señora, en vuestros labios.

Sale Tesandro.

Tesan. Ah! Señor, escuchad el terror sumo
que un oráculo causa en los soldados:
estos, qual deben, finos ofrecian
á los manes de Aquiles holocaustos,
y el soberbio guerrero del sepulcro
sale á sus ojos (ó prodigio extraño!):
A la vista de toda vuestra armada
así se apareció, quando inflamado
su corazon de enojos, al injusto
Agamemnon cruel y sanguinario
amenazó con voces vengadoras.
Se presenta, y les dice: "pueblo ingrato,
¿á presumir te atreves que mis manes
con tan vil sangre quedarán honrados?
Para pagar con hecatombe digno
mis hazañas, mis glorias y trabajos,
es menester que espire Polixêna
sobre mi tumba, y quedaré vengado."
Pronuncia estas palabras con voz fiera,
y fixa sus miradas sobre el campo:
todos los Griegos de comun acuerdo

hacen á Polixêna muchos cargos;
condénanla, y confusa gritería
el viento puebla, el ayre va llenando;
el decreto de Aquiles para ellos
es decreto del cielo soberano:
y si creo al ardor que les anima,
bien pronto han de venir á preguntaros
por su víctima; y no es, señor, posible
poner sin riesgo á Polixêna en salvo.

Polix. Ya respiro por fin, Dioses benignos, *ap.*
ya á fuerza de rigor habeis logrado
que vuestra enemistad se disminuya,
dando á mi corazon algun descanso.

Pirro. Y ¿qué crimen (ó cielo!) ha cometido
esta Princesa, para ser el blanco
de una sombra cruel y vengadora,
hambrienta de furor, iras y estragos?
Si Páris cauteloso y atrevido,
de una pérfida paz solo abusando,
en la sangre de Aquiles, de mi padre,
á bañar se atrevió su iniquo brazo;
¿por qué ha de ser la hermana castigada
por los delitos de su fiero hermano?
Ella, cuyas virtudes... mas ¿qué es esto?
de una voz injuriosa he de hacer caso?
Los terrores que inspira todavía
la ceniza de un padre tan amado,
habrán sin duda alguna producido
la imaginaria sombra que admiramos.
Nadie ignora que el pueblo gusta siempre
de mil prodigios, aunque sean falsos,
creyendo ver un natural trastorno
en lo que es de impostura esfuerzo vano,
y en sus obscuras imaginaciones
nada debe admirar sino su engaño.
Con todo eso, preven luego la guardia,
haz que tomen las armas los soldados,
y conozcan, dictándoles mis leyes,
hoy en Epiro todos mis vasallos,
que se sirve á los dioses inmortales
con la obediencia fiel al soberano.

Vanse Tesandro y Egino.

Pirro. Y bien, ¿podré de hoy mas con mis servicios
reparar mis injustos atentados,
borrar de Troya la memoria triste,
y disminuir vuestro rencor airado?
¿Podré á pesar de ese fatal decreto
que en este mismo sitio publicaron,
servir, y hacer que me debais la vida,
mostrándome valiente, y no culpado?

Polix. No señor, ántes un oprobio eterno
premiará los amores que yo causo;
y por salvar mis infelíces dias,
á la Grecia y los dioses soberanos
tendreis que combatir: pueblos distintos
contra vos arman sus cobardes manos,
y probareis de vuestras mismas tropas
nuevas iras y horrores sanguinarios.

Pirro. Léjos de detenerme aquesas iras,
para mí tienen halagüeño encanto;
y si empeñar al cielo en su socorro
pretende Pirro, ¿qué mayor descargo
puede dar á los dioses? no les basta
el ver que por vos sola yo combato?
Para hacerlesque aprueben mi osadía,
pongo el cetro, señora, en vuestras manos:

venid, á vista de los Griegos todos,
á jurarme en el templo sacrosanto
una constante fe, como yo propio
con el gusto mayor os la consagro.

Polix. ¿Yo unirme al asesino de mi padre?
recompensar su audacia con mi mano?
Ah! yo hubiera creido que á lo menos
en un dia tan mísero y aciago,
una afrenta como esta que recibo
por compasion me hubierais evitado.

Pirro. Conservad ese pecho inexòrable,
y guardad, Polixêna, vuestra mano
para otro mas feliz; pero os advierto,
que por mas que parezca yo culpado,
no hubo amante que ardiese en mejor llama.
A Dios. Ya á combatir de vos me aparto.
Los desprecios que sufre el alma mia
mis enemigos dexarán vengados:
lo que no pudo hacer Héctor, confio
hoy sin pena por vos executarlo:
es preciso destruya en solo un dia,
un solo instante, la obra de diez años.
Venid á verme con enojo y furia
hacer del campo Griego horrible estrago,
sacrificar á vuestros pies invictos
la vida de esos pérfidos tiranos,
y con el mismo acero que os sirviere,
herirme yo despues, por ver si alcanzo
á dar satisfaccion á un mismo tiempo
á mi gloria y mi amor...

Polix. Ah! cesa, ingrato;
si ofrecerme á tan crudo golpe quieres,
préstame tu valor para mirarlo;
pues de la muerte á que por mí caminas,
mil veces mas que tú siento el estrago:
pero qué digo? dónde me conduce
la fuerza de un ardor necio, insensato?
Ay de mí! justo Dios! ¿en tal momento
me habeis á mi pasion abandonado?
La vergüenza y dolor de mí se amparan.
Recojo mis espíritus temblando;
os dexo, y huyo de vuestra presencia.

Pirro. No, Polixêna, no. Rompa el candado
vuestro cruel silencio. ¿Mis pesares,
mi vivo ardor, vuestro desden tirano
han sabido ablandar? Ah! de tal gozo
oso apenas probar el dulce halago...
¡Nada me respondeis, y solo veo
correr por las mexillas vuestro llanto!

Polix. Sí, lloro por vivir en este instante,
pues marchité mi honor y mi recato;
mas no te aplaudas, Pirro, de una gloria,
que debes solo á mi destino infausto,
y á los dioses cuyo odio experimento,
á aquellos que fatales á mi estado
y mi familia, solo para hacerte
dueño del alma, mi razon turbaron.
En lo interior, hasta el postrer aliento,
mi odiosa llama pretendí ocultaros;
pero los altos dioses del olimpo,
en perseguir mi suerte porfiados,
sin duda que mi muerte y mi vergüenza
todos entre sí unánimes juraron.
Si es inútil negarme á sus decretos,
es el satisfacerles necesario,
y ya que declaré mi amor culpable,
resta sufrir la muerte, y á ella parto.
Recobraré en el ara el honor mio,

que un vergonzoso amor ha marchitado:
nada me falta mas que traspasarme
aqueste corazon cobarde y flaco,
el qual ha obscurecido mi memoria
con un indigno ardor, que lloro en vano,
y que ántes que la sombra de tu padre,
he sido la primera en condenarlo.

Pirro. No, vos no morireis: pero ¿qué oygo?
A quién va ese discurso enderezado?
A quién haceis declaracion tan fina,
que todos mis deseos ha colmado?
Si dió lugar á la piedad el odio,
por qué para avisar tardasteis tanto?
Y por qué, si aprobabais mis ardores,
me ocultasteis, cruel, un bien tan raro?
¡Quán parecido al aborrecimiento
es vuestro amor! Amais, y sin embargo
una muerte inhumana es el objeto
que vos me preferís, el solo amparo
que aquí vos implorais; ¿y quién pudiera,
en medio del furor con que batallo,
privarme del bien único á que aspiro,
bien por el qual solo el vivir me es grato?
Ya no es de hoy mas una beldad ingrata
á la que quiero conceder mi amparo,
sino á una amante triste y perseguida
á quien yo quiero, que me está adorando,
y que sensible al fin á mis peligros,
se ha dexado vencer de los halagos.
Es mi bien, mi consuelo, mi alegría,
y el premio del amor mas acendrado,
cuya vida, aun á costa de mi muerte,
y á pesar suyo, defenderla trato.

Sale Tesandro.

Tes. Ya, príncipe y señor, todos los Griegos,
del celo religioso estimulados,
piden á Polixêna conmovidos:
Calcas, ministro de los soberanos
Dioses, ya junto al túmulo de Aquiles
el altar mismo tiene preparado;
con este objeto el odio se renueva
en sus gritos se atreven á nombraros,
y acusan vuestro pecho compasivo
de que quiere su víctima robarlos.

Pirro. No sin pesar de este lugar me ausento,
Señora; mas volver bien pronto aguardo
contento y victorioso (pues seguro
de mi valor y de mi celo me hallo)
á traeros las prósperas noticias
de un destino feliz que hoy os preparo,
porque sin abusar de vuestra suerte,
dispongais de la mia á vuestro salvo.

Vanse Pirro y Tesandro, y sale Egino.

Polix. No estoy inquieta yo de mi destino;
sé que mi muerte es cierta, bien alcanzo
que de mi loco amor, gracias al cielo,
pronto he de recibir el justo pago.
Inútilmente el valeroso Pirro,
dándome entre las tropas libre paso,
hace ver el esfuerzo que le anima;
pues sabré á pesar suyo armar mi brazo,
y con los filos de mortal acero
teñirle en una sangre demasiado
criminal. Si se atreve todavía
á gloriarse de un hecho tan extraño,
no gozará (yo, Egino, lo aseguro)
por largo tiempo tan indigno aplauso;

y hubiera tal vez sido mas felice,
si hubiera mis afectos ignorado.
No obstante, atento al órden que te dexo,
guárdate, Egino, de seguir mis pasos,
y si mi madre aquí se presentase,
ocultarla procura estos arcanos;
los Dioses son testigos, que en mis penas
no siento mas que su pesar y llanto.

Egin. Cielos! qué me decís? vais á la muerte,
y no quereis que os vaya acompañando!

Polix. Si tu amor en mi gloria se interesa,
debes rendirte, Egino, á mis mandatos;
tus lágrimas deten, y advierte solo,
que á obedecer naciste en todo caso.

Vase.

Egi. Ah! no creais que pueda obedeceros;
ántes pruebe el suplicio mas tirano:
buscaré á Pirro, para descubrirle
un proyecto que ignora, y me ha pasmado.

Salen Pirro y Tesandro por el medio.

Pirr. Bien dixe yo que mi presencia sola
confundiria al pueblo temerario;
pero qué? Ya no veo á Polixêna
en este sitio: ¿sabe que he triunfado?

Egin. Ah Pirro! no un error aquí os conduzca,
ni en discursos el tiempo así perdamos,
quando ya la Princesa se dispone
á sufrir de la muerte el crudo fallo,
y acaba de salir, con el designio
de cumplir los decretos inhumanos.

Pirro. O Dioses! ¡es posible que mi dueño
con tan fatal designio haya marchado!
Vosotros de su vida responsables
me habeis de ser, vosotros que encargados
de custodiar su vida...

Sale Polixêna, y dice á los guardias que la impiden el salir:

Basta digo:
hasta quándo, crueles, hasta quándo
me privareis de las dulzuras gratas
de una muerte que tanto tiempo aguardo?
Pero qué es lo que advierto? aun se presenta
Pirro á mi vista? Dioses inhumanos,

Aparte.

ó volvedme mi gloria en tal momento,
ó dexadme morir en mi quebranto.

Pirro. Señora, disipad vuestros pesares:
yo triunfo, y todo cede á vuestro encanto.
Unidos contra vos y vuestra vida,
pedian vuestra muerte cien airados
pueblos furiosos: presentéme al punto;
pidiéndole justicia á todo el campo,
y dudan del oráculo á mi aspecto,
cobardes, irresueltos y temblando.
Yo, á quien anima tan hermosa causa,
aun á vista de Calcas irritado,
ardiendo mas que nunca por mi celo,
postré á sus plantas el altar profano.
El cielo, pronto en castigar al crímen,
confundiendo un ministro cruel y falso,
os justifica.

Polix. Y yo á mí me condeno,
pues de este modo al cielo satisfago. *da-*

Pirro. Dioses, qué advierto! *(se.*

Polix. Que este es mi destino,
que hubiera sido el mas amable y grato
para mí en vuestra dulce compañía,
si de los dioses el enojo insano

entre nuestras familias no sembrara
la division y el odio mas extraños;
pero el cielo permite que yo os pierda
para salvar mi gloria y mi recato.
No obstante, Pirro, una merced tan sola
á pediros me atrevo y suplicaros:
suavizad la miseria de mi madre;
que Pirro, sus victorias olvidando,
quiera escuchar la voz de los vencidos,
y que la infeliz madre de héroes tantos
no se vea postrada á vuestras plantas,
ni rendida por vos al triunfal carro.
Dignaos libertarla de sus tristes
hierros de esclavitud, penosos lazos,
y defendedme su preciosa vida,
sin acordaros de mi fin infausto. *muere.*

Pirro. Ah! no creais que tarde yo en seguiros,
ni que pueda en un lance tan amaigo
sobrevivir: traspasaré furioso
un triste corazon abandonado,
y con mi pronta muerte voluntaria
evitaré el horror que estoy mirando.

Va á darse, Tesandro le detiene, haciendo llevar á Polixêna por los guardias, y vase Egino.

Tesan. ¿Dónde (ó cielo!) os arrastra y precipita
el dolor que os oprime? Conservaos,
vivid para mandar en el Epiro,
y en la Grecia.

Pirro. En la Grecia! ántes vivamos
para castigo suyo, y á su imperio
talemos, abrasemos, destruyamos:
temblad, pueblos crueles; aun respira
Pirro: me vengaré de un pueblo ingrato,
que abomino y detesto: sí, traydores,
no en valde habreis mi enojo suscitado.
Polixêna no exîste, y viviria
si no fuera por vos, pueblo insensato;
pero bien sabrá Pirro destruiros,
si ha sabido otras veces ampararos.
Vuestros delitos mi furor inspiran,
y vais á ver la furia de mi brazo:
ya los amigos de Héctor son los mios.
Euménides crueles, acercaos,
uníos á mi cólera terrible,
y armad conmigo las cobardes manos
de Griegos contra Griegos; que los propios
pérfidos vencedores alterados,
mútuamente entre sí se despedacen;
y con vuestras antorchas alumbrando,
eternizad, ó furias! la batalla,
y mueran todos, como yo me abraso.

FIN.

CON LICENCIA:

VALENCIA: POR ILDEFONSO MOMPIÉ. 1816.
